



JOSÉ ANTONIO MARINA

es@lavanguardia.es

crear

ABULIA

Cuando todavía era un adolescente, descubrí las obras de un psiquiatra francés, Pierre Janet, en la biblioteca de mi abuelo. Sus historias clínicas me fascinaron. Uno de los temas que trataba eran las abulias, la incapacidad de pasar a la acción. Los pacientes sentían sed, pero eran incapaces de levantarse para coger un vaso de agua situado a un par de metros. Muchos años después, al escribir *El misterio de la voluntad perdida*, volví a encontrarme con este devastador fenómeno.

Desde el Janet de mi adolescencia, la ciencia ha avanzado mucho en este terreno como en todos. Entre otras cosas, por obra de Antonio Damasio, un gran neurólogo, que ha estudiado a pacientes que, como consecuencia de un accidente o de una operación quirúrgica, tenían seccionadas las vías que enlazan el lóbulo frontal —sede de las decisiones—, y el área límbica —sede de las emociones—. Estos enfermos mantenían intactas sus funciones intelectuales, pero eran incapaces de tomar decisiones. Les faltaba el impulso emocional que proporciona energía para la acción.

La patología, en este y en muchos otros casos, es una exageración dramática de fenómenos normales. Hay una abulia cotidiana, que lleva a no hacer nada, a no desear nada, o a que nada sea lo suficientemente valioso como para lanzarse a la acción, porque cualquier acción supone un es-

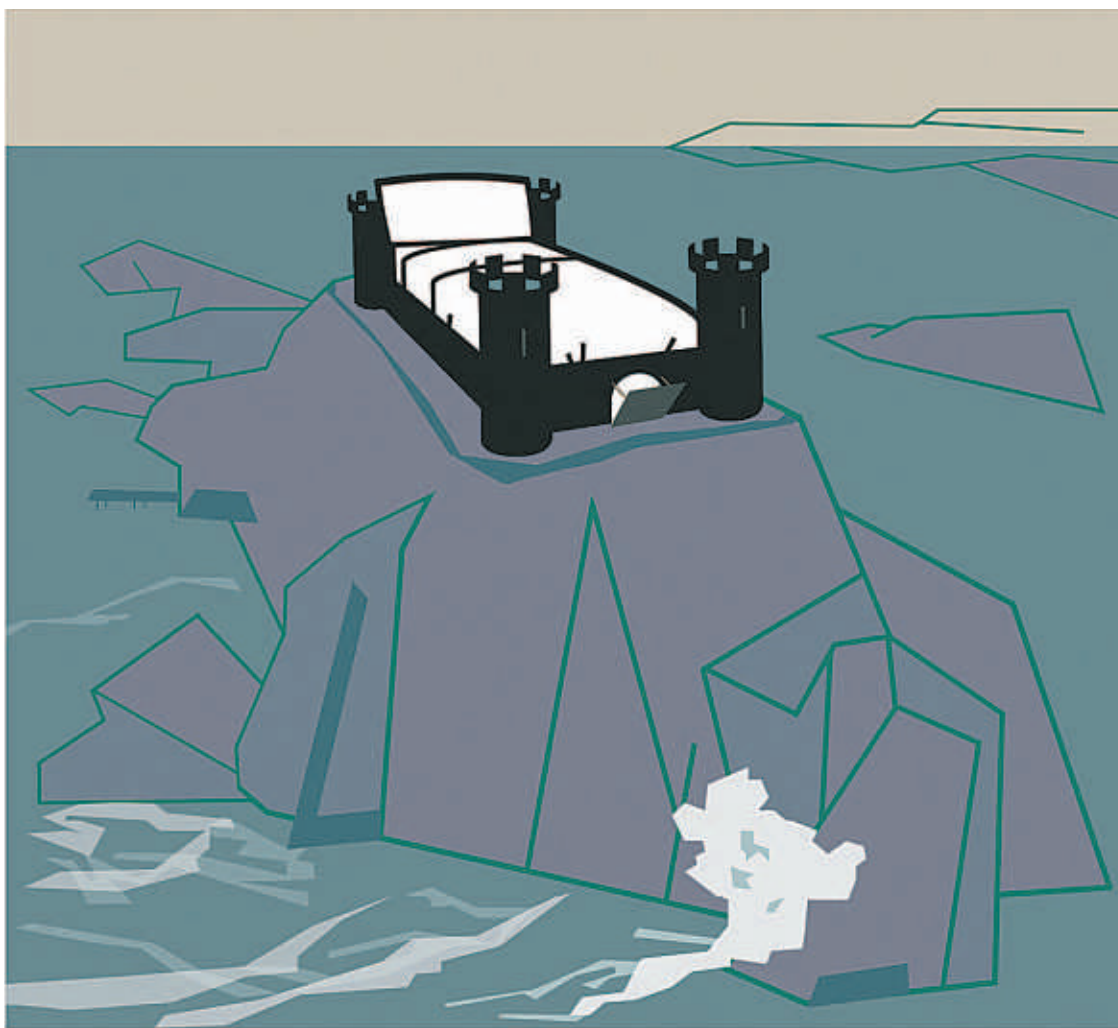
fuerzo excesivo. En estas ocasiones, la persona cae en una incomprensible pasividad. “No tengo ganas de nada”, es una expresión apropiada. Sus antónimos son las personas entusiastas y activas, que encuentran siempre razones para actuar. En otras ocasiones, la abulia se da respecto de un tema concreto. Entonces solemos hablar de falta de motivación. La motivación se ha puesto de moda, en especial en aquellos contextos en que necesitamos que la gente realice determinadas acciones: la escuela, el trabajo, la política. Hay que motivar significa: es preciso despertar el deseo. No cualquier deseo, sino precisamente el de actuar, porque hay apetitos que son meras ensoñaciones y entonces lo agradable es demo-

rarse en ellas, sin enfrentarse al duro reto de hacerlas realidad.

LA ABULIA ES, EN ORIGEN, LA FALTA DE CAPACIDAD PARA TOMAR DECISIONES DEBIDO A CAUSAS MÉDICAS PROBADAS

A veces decimos de estas personas que están desanimadas. Y esta palabra nos acerca a la solución. En su origen, el término animo-ánima-alma hacía referencia a la energía vital, un asunto tan importante que, en los programas de la Universidad de Padres,

he introducido el fomento de la vitalidad como uno de los objetivos educativos en la infancia. Desánimo es falta de energía, no provocada por causas biológicas, sino por la incapacidad de despertar nuestras fuentes íntimas de energía. Están ahí pero fuera de nuestro alcance. El influjo —a veces pernicioso— que ejercen ciertos predicadores políticos o religiosos se debe a su capacidad para animar, para activar esa potencia dormida. Basta que alguien nos diga la palabra justa o que encontremos un proyecto estimulante, o un gran amor, para tener la experiencia del despertar. Pero no podemos depender de que algo externo nos reavive. El profeta Isaías escribió: “Enséñame, Señor, a decir una palabra de aliento al desanimado”. Puesto que siempre nos estamos hablando a nosotros mismos, y que del modo de hacerlo depende en gran parte nuestro ánimo o desánimo, deberíamos corregir al profeta y decir: “Enséñame, Señor, a decirme una palabra de aliento a mí mismo”. ■



Raúl